

CONSEJO PERMANENTE



OEA/Ser.G
CP/ACTA 1572/06
5 diciembre 2006

ACTA

DE LA SESIÓN PROTOCOLAR

CELEBRADA

EL 5 DE DICIEMBRE DE 2006

En honor del excelentísimo señor Oscar Arias Sánchez,
Presidente de Costa Rica

ÍNDICE

	<u>Página</u>
Nómina de los Representantes que asistieron a la sesión.....	1
Palabras del Secretario General.....	2
Palabras de la Presidenta del Consejo Permanente.....	3
Palabras del Presidente de Costa Rica	5

CONSEJO PERMANENTE DE LA ORGANIZACIÓN DE LOS ESTADOS AMERICANOS

ACTA DE LA SESIÓN PROTOCOLAR CELEBRADA EL 5 DE DICIEMBRE DE 2006

En la ciudad de Washington, a las diez de la mañana del martes 5 de diciembre de 2006, celebró sesión protocolar el Consejo Permanente de la Organización de los Estados Americanos en honor del excelentísimo señor Oscar Arias Sánchez, Presidente de Costa Rica. Presidió la sesión la Embajadora Lisa Shoman, Representante Permanente de Belice. Asistió el excelentísimo señor Bruno Stagno Ugarte, Ministro de Relaciones Exteriores de Costa Rica. Asistieron los siguientes miembros:

Embajador Michael I. King, Representante Permanente de Barbados
Embajador Ellsworth I. A. John, Representante Permanente de San Vicente y las Granadinas
Embajador Izben C. Williams, Representante Permanente de Saint Kitts y Nevis
Embajador Henry Lothar Illes, Representante Permanente de Suriname
Embajador Rodolfo Hugo Gil, Representante Permanente de la Argentina
Embajador John F. Maisto, Representante Permanente de los Estados Unidos
Embajador Bayney R. Karran, Representante Permanente de Guyana
Embajador Francisco Villagrán de León, Representante Permanente de Guatemala
Embajadora Abigail Castro de Pérez, Representante Permanente de El Salvador
Embajador Duly Brutus, Representante Permanente de Haití
Embajador Javier Sancho Bonilla, Representante Permanente de Costa Rica
Embajador Osmar Chohfi, Representante Permanente del Brasil
Embajador Roberto Álvarez, Representante Permanente de la República Dominicana
Embajador Alejandro García-Moreno Elizondo, Representante Permanente de México
Embajador Pedro Oyarce, Representante Permanente de Chile
Embajador Carlos Sosa, Representante Permanente de Honduras
Embajadora María del Luján Flores, Representante Permanente del Uruguay
Embajador Carlos Zapata López, Representante Interino del Perú
Primer Secretario Eugene F. Torchon-Newry, Representante Interino del Commonwealth de las Bahamas
Embajador Nelson Pineda Prada, Representante Interino de Venezuela
Segundo Secretario Marco Antonio Valverde Carrasco, Representante Interino de Bolivia
Consejero Mackisack Logie, Representante Interino de Trinidad y Tobago
Primera Secretaria Ann-Marie Layne Campbell, Representante Interina de Antigua y Barbuda
Consejera Patricia D. M. Clarke, Representante Interina de Grenada
Consejera Legal Nisla Lorena Aparicio Robles, Representante Alterna de Panamá
Ministra Elisa Ruiz Díaz, Representante Alterna del Paraguay
Ministra Consejera Lila María Bolaños Chamorro, Representante Alterna de Nicaragua
Ministra María Clara Isaza Merchán, Representante Alterna de Colombia
Consejero Douglas G. Fraser, Representante Alterno del Canadá
Tercera Secretaria Judith Anne Rolle, Representante Alterna del Commonwealth de Dominica
Ministra L. Ann Scott, Representante Alterna de Jamaica
Consejero José María Borja, Representante Alterno del Ecuador

También estuvieron presentes el Secretario General de la Organización, doctor José Miguel Insulza, y el Secretario General Adjunto, Embajador Albert R. Ramdin, Secretario del Consejo Permanente.

La PRESIDENTA: I am pleased to call to order this protocolary meeting of the Permanent Council, convened in honor of His Excellency the Honorable Dr. Oscar Arias Sánchez, President of Costa Rica.

Please stand to receive His Excellency the President of Costa Rica.

[El Presidente de Costa Rica y su comitiva ingresan al Salón.]

Your Excellency Dr. Oscar Arias Sánchez, President of Costa Rica; Your Excellency Bruno Stagno, Minister of Foreign Affairs of Costa Rica; distinguished members of the Costa Rican Delegation, including ministers of government; Your Excellency José Miguel Insulza, Secretary General of the Organization of American States; Your Excellency Albert Ramdin, Assistant Secretary General; your excellencies, permanent and alternate representatives to the OAS; your excellencies, permanent observers; ladies and gentlemen:

En mi calidad de Presidenta del Consejo Permanente, tengo el placer y el honor de darle la más cálida bienvenida al excelentísimo señor Presidente de Costa Rica, doctor Oscar Arias Sánchez, distinguido líder, reconocido estadista, Premio Nobel de la Paz y gran ciudadano de las Américas.

President Arias has been recognized for contributions at the national, hemispheric and international levels. It will be my particular privilege to share with you his many accomplishments.

Before doing that, I give the floor to Secretary General José Miguel Insulza to address this protocolary meeting.

PALABRAS DEL SECRETARIO GENERAL

El SECRETARIO GENERAL: Excelentísimo señor doctor Oscar Arias, Presidente de la República de Costa Rica; Su Excelencia Bruno Stagno, Ministro de las Relaciones Exteriores; señores Ministros y miembros de la delegación oficial; Su Excelencia Lisa Shoman, Presidenta del Consejo Permanente y Embajadora Representante Permanente de Belice ante la OEA; Su Excelencia Albert Ramdin, Secretario General Adjunto; señores Embajadores Representantes; estimados invitados; señoras y señores:

Es para la Organización de los Estados Americanos un gran honor recibir hoy y darle una cordial bienvenida al señor Presidente de la República de Costa Rica, doctor Oscar Arias. Es un honor porque no solamente como representante de su país, sino en su condición de americano, de ciudadano de este hemisferio, lo reconocemos como vocero permanente de los países en vías de desarrollo y defensor infatigable del desarrollo humano, la democracia y la desmilitarización.

Todavía está en nuestra memoria la decisiva contribución que, hace más de veinte años, hiciera usted al proceso de pacificación de América Central. Recordamos bien como, en esos difíciles años de desesperanza, de división y de lucha entre hermanos, su voz y su iniciativa de paz abrieron un camino para esta región. Y cuando miramos hoy a Centroamérica y la vemos en paz, en unidad y construyendo un futuro integrado, no podemos sino recordar, señor Presidente, el esfuerzo que usted realizó en esos años.

Han recordado que con justicia se le concedió el Premio Nobel de la Paz, en 1987, honrándolo a usted y a todas las naciones de esa región y de este continente en la lucha por la paz y por una vida enmarcada en condiciones permanentes de justicia y democracia.

Menos recordado, pero también importante, señor Presidente, es el importante crecimiento económico y el desarrollo que su país alcanzó en esos años, con un promedio de más de un 5% anual, y también con el desempleo más bajo de toda la América Latina en aquel período.

Sabemos, Presidente, que usted ha tomado las riendas de su país en un momento difícil. No nos cabe duda de que continuará conduciéndolo, como lo ha hecho ya en el pasado, por la senda del progreso, de la democracia, de la libertad y del crecimiento económico.

También conocemos y respaldamos con entusiasmo sus iniciativas internacionales, un llamado a eliminar el uso de las armas y la iniciativa que ha decidido emprender su Administración en este campo, tramitando en la Asamblea Legislativa una ley que prohíbe la fabricación de armas de todo tipo en el territorio de Costa Rica.

Su proposición de un Consenso de Costa Rica tendiente a crear mecanismos para condonar deudas y apoyar con recursos financieros internacionales a los países en vías de desarrollo que inviertan cada vez más en educación, salud y vivienda, y cada vez menos en armas y efectivos militares, es una propuesta afín a los principios consagrados en la Carta de esta Organización. También la idea de negociar un tratado que prohíba a los países la transferencia de armas a Estados, grupos o individuos cuando exista razón para creer que ellas serán utilizadas para violar los derechos humanos o el derecho internacional o existan indicios claros de que apunten a alterar el desarrollo sostenible, merece ser considerada seriamente por la comunidad internacional. Su visión sobre estos temas se está promoviendo en esta Organización, señor Presidente, y buscaremos contribuir directamente a todos sus esfuerzos.

Quiero agradecerle una vez más que haya venido a compartir con nosotros sus ideas. Quiero agradecer sinceramente el apoyo que Costa Rica nos ha prestado permanentemente en esta gestión al frente de la Organización de los Estados Americanos.

Queremos reconocer y escuchar hoy, una vez más, al estadista, al que su pueblo ha reclamado para que nuevamente lo conduzca por el camino del desarrollo y de la paz. Le deseamos éxito y le reiteramos nuestra más calurosa bienvenida a nuestra Organización.

La PRESIDENTA: Thank you, Mr. Secretary General.

[Aplausos.]

PALABRAS DE LA PRESIDENTA DEL CONSEJO PERMANENTE

La PRESIDENTA: Mr. President of Costa Rica, Mr. Secretary General, Mr. Assistant Secretary General, distinguished permanent representatives, permanent observers, ladies and gentlemen:

His Excellency Oscar Arias Sánchez, distinguished son of the province of Heredia, Costa Rica, obtained his secondary education at the Colegio Saint Francis in the capital city of San José.

The young Oscar Arias enrolled in Boston University with the intention of studying medicine, but instead returned to his home country and completed degrees in law and economics at the University of Costa Rica. As a student, he was actively engaged in the work of the National Liberation Party.

Our distinguished guest later earned a doctorate in political science from the University of Essex in the United Kingdom.

Over the years, Dr. Arias has been the recipient of over fifty honorary degrees, including doctorates from Harvard University, Princeton University, Dartmouth College, Oberlin College, and Washington University in St. Louis.

When Dr. José Figueres was elected in 1972, Dr. Arias was appointed Minister of National Planning and Political Economy.

In 1975, he was elected International Secretary of the Christian Social Unity Party and General Secretary in 1979. In that capacity, he represented his party at several Socialist International congresses.

In the 1978 elections, Dr. Arias was elected to the Legislative Assembly but withdrew in 1981 to work for the Christian Social Unity Party's presidential candidate, Luis Alberto Monge, who won that election.

Nominated in 1985 as the Christian Social Unity Party's candidate, Dr. Arias was elected President in 1986.

Dr. Arias is especially known for his leadership in engaging Central American states in a peace-making process during a period of turmoil in the subregion. In May 1986, he met with the presidents of Guatemala, El Salvador, Honduras, and Nicaragua to discuss proposals for a peaceful solution that had been worked out by the Contadora Group. Full agreement was not achieved, but in 1987 Dr. Arias succeeded in calling a new meeting at which he submitted his own peace plan.

In recognition of his singular contribution to the signing of the Esquipulas II Accords and his plan to promote democracy and peace in Central America, Dr. Arias was famously and notably awarded the Nobel Peace Prize in 1987.

In 1988, Dr. Arias used the monetary award from the Nobel Peace Prize to establish the Arias Foundation for Peace and Human Progress. Under the auspices of the Foundation, three programs were established:

1. The Center for Human Progress to promote equal opportunities for women in all sectors of Central American society.
2. The Center for Organized Participation to foster change-oriented philanthropy in Latin America; and

3. The Center for Peace and Reconciliation to work for demilitarization and conflict resolution in the developing world.

President Arias is a much sought-after speaker internationally on issues of democracy, disarmament, and free trade. He has served on the Board of the InterAction Council, the International Negotiation Network (INN) of the Carter Center, the Peres Center for Peace, the International Crisis Group (ICG), and Transparency International. He is also the author of several books and articles on politics and history.

President Arias, your accomplishments as a leader and statesman reflect your deep love for and dedication to your country and these Americas, and your work has had a profound tidal effect on our shores.

It is now my distinct honor to give the floor to His Excellency Dr. Oscar Arias Sánchez, President of Costa Rica.

[Aplausos.]

PALABRAS DEL PRESIDENTE DE COSTA RICA

EL PRESIDENTE DE COSTA RICA: Señora Presidenta del Consejo Permanente, señor Secretario General, señor Secretario General Adjunto, señores Embajadores y Representantes Permanentes, señores Observadores Permanentes, amigas y amigos:

Me acerco a este estrado con agradecimiento y humildad. La Organización de los Estados Americanos es una tribuna desde la cual las naciones de este continente pregonamos los más profundos sueños de nuestra gente. Hondas ilusiones y grandes utopías han albergado este recinto; aquí, más que en ninguna otra organización del mundo, se respira el espíritu de la libertad, el espíritu americano por excelencia.

Solo las naciones que conformamos esta Organización comprendemos el pesado fardo que nuestra América carga sobre sus hombros: el de ser la gran promesa del hombre, el epicentro de los ideales y los sueños no realizados del resto del planeta. Todas las expectativas cifradas sobre las míticas expediciones al Nuevo Mundo siguen persiguiendo hoy a los habitantes de nuestra América. La sola noción de que un mundo nuevo era posible nos hizo correr la suerte de ser el gran experimento humano, en el que miles de teorías podían ser probadas. Fuimos la tábula rasa de la historia, la hipótesis demostrable. Por ello no sorprende que aquí hayan tenido cabida, y sigan teniendo, las más insólitas y creativas formas de concebir la vida en sociedad.

Quizá este fenómeno haya tenido mayor profundidad en la realidad de América Latina, que en ocasiones parece estar destinada a ser la loca de la casa. Como dijera Gabriel García Márquez en un célebre discurso, el mundo de nuestra soledad radica en la intención del resto del mundo de pretender medirnos con modelos que no eran los nuestros. Y eso es cierto. Pero estoy convencido de que también la soledad de América Latina proviene de su intención de aislarse completamente del cauce histórico, de pretender sistemas tan originales que olvidaron las más elementales lecciones del devenir humano. El camino de la autarquía latinoamericana pasó no solo por el proteccionismo comercial, sino también por el proteccionismo intelectual. Solo en ese contexto se explica que en

nuestras naciones existan todavía proyectos de democracia sin oposición, elecciones sin partidos, libertad de expresión con censura oficial y tantas y tan variadas ocurrencias de caudillos pasados y presentes, que en el resto del mundo probaron ser erradas, pero en Latinoamérica no solo no se extinguen, sino que en épocas recientes parecen vigorizarse.

La formación de la América de ensueño, de la que Latinoamérica fue víctima fatal, padeció desde un inicio de un mal epistemológico. Esta, como ninguna otra región del mundo, sucumbió al error de creer que los nombres entrañaban los objetos, y que las declaraciones de paz, de libertad, de democracia y justicia no eran menos que conjuros que hacían aparecer, por prodigio inexplicable, las realidades que añorábamos. Fuimos producto del error original, el del descubrimiento de las Indias orientales; pero nuestra identidad se ha configurado, desde entonces, con la ayuda de infinitos errores derivados, el más importante de los cuales fue la convicción de que América sería la tierra de la libertad, solo porque así se le llamara. Cinco siglos hemos cargado con esa gran paradoja: la de haber sido libres en el nombre, mucho antes de serlo en la realidad.

Esta Organización no escapa al fenómeno de la magia verbal. En 1948, la Organización de los Estados Americanos firmó su Carta constitutiva en la que los países miembros afirmaron, con ejemplar vehemencia, estar:

Convencidos de que la misión histórica de América (era) ofrecer al hombre una tierra de libertad...

Ciertos de que la democracia representativa (era) condición indispensable para la estabilidad, la paz y el desarrollo de nuestra región.

En ese momento, como en tantos otros episodios de la historia americana, fuimos el nombre antes que la realidad.

Durante la vigencia de esta Carta, cruentas represiones e inimaginables violaciones a los derechos humanos se sucedieron impunemente en nuestra región. Durante la vigencia de esta Carta, prácticamente todas las naciones de Latinoamérica soportaron el yugo de la dictadura. En medio de floridas descripciones de la democracia y la libertad, en medio de profusas proclamas de respeto al hombre y al ciudadano, miles de personas fueron asesinadas, torturadas y expatriadas en esta franja del mundo.

No quiero desvirtuar con esto la importancia de la Organización de los Estados Americanos. Todo lo contrario, aquí mismo quiero reafirmar mi profunda convicción de que es en el seno de este recinto donde nuestras grandes y profundas diferencias y contrastes como región pueden encontrar armonía.

Solo quiero reflexionar sobre el hecho de que la existencia de esta Organización y las declaraciones que de ella emanan, por más que sean necesarias, no son suficientes para asegurar nuestras débiles democracias. Es hora de invertir esa práctica y empezar por conquistar la realidad antes de nombrarla; labrar los requisitos fundamentales de las democracias antes que proclamarnos ante el mundo como la tierra de la libertad.

Es hora de encarar nuestra región y auscultar si la célebre definición de Abraham Lincoln en Gettysburg, la del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, es cierta en nuestras naciones.

La pregunta más importante que tenemos que responder, si queremos de verdad asegurar la vigencia de la democracia en nuestro continente, es: ¿qué poderes tiene el pueblo en nuestros países?

Antes que nada, debemos señalar que no es real el poder de un pueblo con hambre. Existe una noción básica que a menudo olvidamos y es la de que, si bien es cierto que la prosperidad y el crecimiento económico no son condiciones suficientes para el sostenimiento de los regímenes democráticos, también es cierto que en su ausencia la tarea de mantener nuestras libertades se vuelve titánica. Las tentaciones autoritarias surgen con mayor facilidad ahí donde el hambre, la ignorancia y la frustración abonan el terreno para el mesianismo. Los falsos redentores de los pueblos americanos solo pueden surgir en pueblos convencidos de su necesidad de ser redimidos. Y en un continente en que cientos de millones de personas viven con menos de dos dólares al día, les aseguro que el Mesías suena mucho más plausible que la democracia.

Para muchos habitantes de nuestra América Latina el tránsito de la dictadura a la democracia no ha sido más que un juego de palabras. América sigue siendo azotada por los mismos infortunios que hicieron aparecer las dictaduras en primera instancia, y muchos de sus habitantes siguen estando convencidos de que el trueque entre la libertad y los beneficios materiales, ese pacto faustiano que durante tantos años se ha celebrado en nuestras naciones, es requisito para alcanzar un progreso largamente deseado.

Esto no es una elucubración ni tampoco un exceso retórico. En el año 2004, el Informe sobre la Democracia en América Latina, del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, nos informaba que un 44,9% de los latinoamericanos apoyaría a un gobierno autoritario si este resolviera los problemas económicos de su país.

En esas circunstancias, es claro que la gran transformación latinoamericana hacia la libertad, alcanzada por todas nuestras naciones con la notable excepción de Cuba, ha dejado de ser una transición irrevocable. Nuestro futuro corre un serio riesgo de convertirse en un viaje de vuelta al pasado. América Latina puede fortalecer sus sistemas democráticos y levantarse, como una sola voz y una sola esperanza, para que el pueblo cubano también disfrute de la libertad que le ha sido negada, o puede sucumbir de nuevo ante sus viejos demonios autoritarios, ante los cantos de sirena del caudillismo y del populismo, de los que nuestros pueblos no han recogido más que una cosecha de hambre y de miseria.

Y es que en poblaciones marcadas por la pobreza el pueblo pierde poder porque está dispuesto a cederlo a cualquiera que le ofrezca mejores condiciones de vida. América no puede decir que gobierna para el pueblo, ni que es gobernada por él, en tanto una parte considerable de su gente no tenga pan para comer, techo para cobijarse, ni condiciones elementales de acceso a la salud, la educación y la seguridad.

Sería necio decir que conozco, o que alguno de nosotros conoce, la ecuación que nos permite descifrar el inmenso drama humano de la pobreza. Pero más necio aún sería negar que la evidencia proporciona soluciones parciales y graduales, imperfectas y tentativas, pero no por ello menos reales. Aquí les mencionaré tres: el libre comercio, la inversión en educación y la reducción del gasto militar.

Sé que este recinto alberga una amplia gama de opiniones sobre las mejores formas de alcanzar un intercambio global que sea intenso y, a la vez, justo. Personalmente considero que el

libre comercio es la vía más adecuada para lograr ese objetivo. Estoy convencido de que constituye un camino que, si se transita correctamente, conducirá a la creación de más bienestar para nuestros ciudadanos.

Mi país, Costa Rica, es un país de cuatro millones y medio de habitantes, uno de los más pequeños del mundo. Para un país como el mío y, de hecho, para todos los países en vías de desarrollo, no existe otra opción que profundizar su integración con la economía mundial. En épocas de globalización, la disyuntiva que enfrentamos los países en vías de desarrollo es tan cruda como simple: si no somos capaces de exportar cada vez más bienes y servicios, terminaremos exportando cada vez más personas.

Solo si nos abrimos podremos desarrollar sectores productivos dinámicos, capaces de competir a escala internacional. Pero, sobre todo, solo si nos abrimos podremos crear empleos suficientes y de calidad para nuestra juventud. Porque está ampliamente demostrado en América Latina que los empleos ligados a la inversión extranjera y a las actividades de exportación son, casi siempre, mejor remunerados que el promedio.

La liberalización comercial puede ser defendida por sus méritos y por sus efectos beneficiosos para los más pobres. Pero quiero enfatizar que la defensa del libre comercio debe ser honesta y también congruente. Debe buscar un intercambio comercial que, en efecto, sea igual de libre para todos los países; es decir, que no sea el libre comercio un ejemplo, otro más, de nuestra ilusa nomenclatura desprovista de realidad.

Los países en vías de desarrollo necesitamos ayuda para el desarrollo y solidaridad de parte de los países industrializados, pero, sobre todo, necesitamos de ellos coherencia. Que si pregonan el libre mercado, entonces que este sea, en efecto, libre. Que si defienden y practican en sus países admirables formas de justicia social a través de sus estados de bienestar, entonces que pongan una pizca de esa filosofía en práctica a escala internacional.

Al corregir estas prácticas anticompetitivas, los países desarrollados apuestan a mucho más que su integridad moral ante el mundo. La verdadera práctica del libre comercio quizá sea la única vía que dichos países tienen ante sí para solventar uno de sus más acuciantes problemas: la migración. En efecto, las migraciones no son un tema de seguridad, sino de desarrollo, y su solución compromete delicados aspectos de la relación entre países ricos y países pobres. A estas alturas, deberíamos estar avisados de sobra de que no hay muro ni mar capaz de detener a los hambrientos, que la pobreza no necesita pasaporte para viajar y que la historia gira como una noria, y quien hoy se encuentra arriba, en otro momento ha mojado su espalda en el agua para alcanzar la tierra prometida.

La relación entre el libre comercio y las migraciones tal vez nos resulte más evidente si consideramos que el total de la ayuda oficial al desarrollo que otorgan los países más desarrollados es una cuarta parte de la suma que dedican en subsidios para proteger a sus agricultores y una décima parte de la inversión que hacen en sus fuerzas armadas. En otras palabras, los países industrializados están levantando muros para detener a las personas, en lugar de demolerlos para permitir el paso de los bienes y servicios. Como consecuencia, más y más personas pobres nadarán hasta sus costas y cruzarán sus fronteras por no encontrar el camino para que sus productos, y no ellos, atraviesen las barreras.

Cuando decimos que la globalización y la apertura comercial ofrecen oportunidades extraordinarias para los países más pobres, debemos entender que tener oportunidades no es lo mismo que tener certezas. Para que la globalización sea una fuerza para el bien de los países en vías de desarrollo, es imprescindible que estos acometan una serie de tareas impostergables. La más importante de ellas es la de invertir en desarrollo humano y, particularmente, en la educación de nuestra juventud.

En América Latina, uno de cada tres jóvenes no asiste nunca a la escuela secundaria. Esto es no solo una ofensa a nuestros valores, sino un crudo testimonio de falta de visión. Hoy, más que nunca, debemos entender que los fracasos en la educación de hoy son los fracasos en la economía de mañana.

Solucionar las carencias de los sistemas educativos en los países en vías de desarrollo casi siempre demanda, por supuesto, más recursos. Pero sobre todo requiere de voluntad política y claridad en las prioridades de la inversión pública. Tengo muy claro, en especial, que la lucha por mejores empleos a través de una mejor educación está muy ligada a la lucha por la desmilitarización y por el desarme. Ciertamente, no es un blasón de honor para nuestra especie que el gasto militar mundial haya sobrepasado en el año 2005 un trillón de dólares, la misma cifra que tenía en términos reales al acabar la Guerra Fría, y que represente ocho veces más que la inversión anual requerida para alcanzar en una década todos los Objetivos de Desarrollo del Milenio en todos los países del mundo. La inversión que hacen hoy en sus fuerzas armadas los países más industrializados de la tierra, responsables del 83% del gasto militar mundial, es diez veces superior a los recursos que dedican a la ayuda oficial al desarrollo. ¿Qué es esto si no una muestra elocuente del extravío de las prioridades y de la más profunda irracionalidad?

El 11 de septiembre de 2001, el mismo día que los trágicos hechos ocurridos en los Estados Unidos sacudieron al mundo, esta Organización adoptó la Carta Democrática Interamericana. Al hacerlo, los Estados Miembros acordaron que la mejor forma de defender una nación, que la mayor garantía de seguridad para sus habitantes proviene de la consolidación de las democracias en todo el mundo. Sin embargo, desde ese día, poco más de doscientos mil millones de dólares se han añadido al gasto militar mundial. No existe un solo indicio que sugiera que este aumento colosal le está deparando al mundo un nivel superior de seguridad y un mayor disfrute de los derechos humanos. Por el contrario, cada vez nos sentimos más vulnerables y más frágiles.

Es trágico que los gobiernos de algunos de los países más subdesarrollados continúen apertrechando sus tropas, adquiriendo tanques, municiones y aviones de combate para supuestamente proteger a una población que se consume en el hambre y en la ignorancia.

En el año 2005, los países latinoamericanos gastaron casi veinticuatro mil millones de dólares en armas y tropas, un monto que ha aumentado un 25% en términos reales a lo largo de la última década y que ha crecido significativamente en el último año. América Latina ha iniciado una nueva carrera armamentista, pese a que nunca ha sido más democrática y a que prácticamente no ha visto conflictos militares entre países en el último siglo.

En esto, creo que los costarricenses tenemos derecho a sentirnos orgullosos. Desde 1948, por la visión de un hombre sabio, el ex Presidente José Figueres, Costa Rica abolió el ejército, le declaró la paz al mundo y apostó por la vida. Los niños costarricenses no conocen un soldado ni conocen un

tanque de guerra. Si existe un viejo refrán que señala que “cuando se abre una escuela, se cierra una cárcel”, yo quisiera añadir que “cuando se cierra un cuartel, se abren cien escuelas”.

Ese es un camino que ni mi país ni yo estamos dispuestos a abandonar. No solo eso: es una ruta que queremos que sea la de toda la humanidad. Por eso, hoy les reitero una propuesta que he mencionado ya en varios ámbitos internacionales: les propongo que entre todos demos vida al Consenso de Costa Rica, mediante el cual se creen mecanismos para condonar deudas y apoyar con recursos financieros internacionales a los países en vías de desarrollo que inviertan cada vez más en educación, salud y vivienda para su pueblo, y cada vez menos en armas y soldados. Es hora de que la comunidad financiera internacional premie no solo a quien gasta con orden, como hasta ahora, sino también a quien gasta con ética.

He propuesto también que aprobemos lo antes posible un tratado sobre el comercio de armas que prohíba a los países la transferencia de armas a Estados, grupos o individuos, si existe razón suficiente para creer que esas armas serán utilizadas para violar los derechos humanos o bien el derecho internacional. Hace poco, recibimos con beneplácito la noticia de que la Asamblea General de las Naciones Unidas acordó, por una abrumadora mayoría, la formación de un grupo de trabajo que en un plazo de un año hará las recomendaciones pertinentes para iniciar la elaboración de ese tratado. Esa es apenas una pequeña victoria. El camino que espera a esa iniciativa es largo, y el apoyo de los países miembros de este foro será fundamental para convertirla en una realidad.

Tal y como lo señala el artículo 2 de la Carta de la Organización de los Estados Americanos, uno de los propósitos esenciales de esta Organización es, precisamente, alcanzar una efectiva limitación de armamentos convencionales que permita dedicar el mayor número de recursos al desarrollo económico y social de los Estados Miembros. Eso quiere decir que el tratado que les propongo y que la política que les sugiero no son solo una invitación, sino una confirmación de los principios elementales a los que se adhirió América al momento de fundar esta Organización.

Señor Secretario General, señores Embajadores:

Si América está verdaderamente llamada a ser la tierra de la libertad, entonces es hora de que dejemos de nombrar la libertad y empecemos, con paciencia, pero con decisión, a construirla. Para ello es preciso enfrentar la pobreza, que donde prolifera trae consigo la semilla de la violencia, del populismo y finalmente del autoritarismo. Pero, sobre todo, es preciso enfrentar el error epistemológico que desde hace siglos define la aventura histórica de América Latina, el de creer que las buenas intenciones y las palabras hermosas bastan para conjurar la realidad. A estas alturas deberíamos saber que no bastan. Ya deberíamos saber que es necesario rectificar costosos errores, corregir rumbos equivocados y abandonar destructivas costumbres que nos han condenado, desde hace mucho tiempo, a medrar en la antesala de la modernidad.

Si no vencemos hoy los temores y la hipocresía que impiden un comercio verdaderamente libre en el mundo, si no estimulamos a los países latinoamericanos a invertir sus recursos en la vida y no en la muerte, si no enfrentamos el aumento del gasto militar y el comercio de armas, condenaremos a nuestro continente a ser, ya no el de la eterna promesa, sino el de la desilusión definitiva.

“América, no invoco tu nombre en vano”, nos dijo Pablo Neruda. En efecto, al decir “América”, no digamos solo buenas intenciones, proclamamos vacías o palabras gastadas.

Pronunciemos, más bien, el austero lenguaje de la acción, de los hechos, de las obras, del coraje cotidiano, de la genuina voluntad de cambio. Digamos, nada más, que estamos dispuestos a hacer de esta América, no un mundo nuevo y prodigioso, sino un mundo simplemente mejor.

Muchísimas gracias.

[Aplausos.]

La PRESIDENTA: Señor Presidente, como orgullo centroamericano, permítame decirle que sus palabras nos inspiran y contribuirán en gran medida al trabajo de nuestra Organización. For me, it is a special honor as a Belizean and as a citizen of a country that is newly part of Central America to have been afforded the opportunity to chair this meeting and to have you here in the Hall of the Americas.

I am reliably informed that tonight, Belize and Costa Rica will be playing a rather important sporting event. I wish you, Mr. President, and your country the best of luck—you will need it—and I have every confidence that the best team will win. It is really through such events that we cement our ties of friendship and integration.

On behalf, Mr. President, of the members of the Permanent Council, let me thank you for honoring us with your presence here in this Hall of the Americas, home of the people of the Americas, and for your important contributions to our people and our region.

I ask the distinguished permanent representatives to stand and remain in place so that President Arias may greet each of you.

[El Presidente de Costa Rica saluda a los señores Representantes.]

Ladies and gentlemen, thank you. This protocolary meeting is now adjourned.

